

Economía argentina en 2012 Agotamiento de un ciclo

Lo sucedido en la Argentina entre 2003 y la actualidad muestra la marcha de un ciclo económico que tuvo factores iniciales favorables a la fase expansiva, pero que luego se transformarán en problemas, poniendo en peligro la continuidad de los años de "glorioso crecimiento" y anunciando el fin de una era que difícilmente se pueda repetir. Entender ese ciclo ayuda a comprender mejor la situación actual y las perspectivas en el corto y el mediano plazo.

La notable recuperación y la posterior expansión que mostró la economía argentina a partir del 2003 tuvo varios "motores" que la propulsaron, pero la mayoría se ha ido apagando y hoy queda sólo uno (el precio de la soja a niveles astronómicos).

Si bien es cierto que se trata de uno de los impulsores más potentes, ya no alcanza en la actualidad a cubrir el agotamiento del resto, ni las deformaciones que provocó un crecimiento asentado en una fuerte concentración y en claros desequilibrios sectoriales, además de la elevada desigualdad distributiva que fue consolidando en su transcurso y la masiva exclusión social oculta bajo el aumento del empleo público y de los subsidios clientelares masivos.

El escenario inicial de elevada capacidad ociosa, salarios por el piso, baja demanda interna, reducida presión tributaria, déficits fiscal y externo, etc, dio lugar a partir de la devaluación del peso y su posterior estabilidad (en la paridad alrededor del tres a uno), a un proceso inflacionario que permitió la recuperación de la rentabilidad empresarial (sin necesidad de grandes inversiones y con costos laborales reducidos) y a una situación de alta protección cambiaria frente a los bienes importados y una favorable situación para aumentar las exportaciones.

La gradual recuperación del empleo (aunque con fuerte incidencia del trabajo de baja calidad), de los salarios, y de la presión tributaria (basada en dos factores: retención a las exportaciones primarias y tributos indirectos que suben con las ventas y los precios), a la vez que potenciaron la demanda interna mejoraron las cuentas públicas, y eso sin poner en peligro la estabilidad comercial (por la falta de divisas que habitualmente se generaba durante una reactivación) porque los altos precios de los bienes primarios y su creciente demanda alcanzaron para cubrir el gradual aumento de las importaciones y mantener el superávit comercial.

A partir del 2007 varios factores iniciales favorables fueron cambiando el panorama. Ocupada la capacidad ociosa con años de reactivación, se requería aumentar la inversión productiva a tasas más elevadas para acompañar el crecimiento de la demanda.

Pero la estructura concentrada de la mayoría de los sectores económicos puso en evidencia que las grandes corporaciones que dominan los mercados en la Argentina tenían otra estrategia: en lugar de ampliar capacidad, y ante los aumentos de salarios otorgados, optaban por subir los precios (conservando las superganancias).

Esa es la génesis del gradual proceso inflacionario que el secretario Moreno sólo trató de combatir con los dibujos fantásticos del Indec (previa su intervención y destrucción). Porque sucede que también el Estado gana con la inflación (además de monopolios y oligopolios), ya que le ha permitido subir de manera sustancial los ingresos tributarios internos (en paralelo a los crecientes ingresos por retenciones a las exportaciones primarias).

El ciclo expansivo fue modificando las condiciones iniciales y consolidando los desequilibrios y deformaciones heredados de la década del '90. Los sectores privados con mayor crecimiento no generaban tanto empleo a partir del 2007, por lo que el Estado en sus distintos niveles fue jugando un rol compensador con más empleo público, y cubriendo lo que no alcanzaba con subsidios masivos. Aunque las prioridades del Estado siempre fueron pagar las obligaciones con los acreedores y los subsidios a los grandes grupos empresarios, todo era posible con recursos tributarios creciendo a tasas inéditas.

También alcanzaba la recaudación en los comienzos del ciclo para tapar el bache energético, que se producía por la privatización de los recursos hidrocarburíferos y los subsidios otorgados por el Estado, para evitar que la renta que captaban las transnacionales repercutiera en los precios de combustibles y energía que pagan los consumidores.

Las empresas extranjeras que manejan el sector fueran sacando rabiosamente gas y petróleo (exportando en parte la producción), sin hacer exploración, hasta poner en peligro el normal abastecimiento interno. Y el gobierno, permitiendo ese voraz comportamiento que violaba las pautas de las concesiones, se hacía cargo del costo creciente de ese sistema depredador.

No obstante, esa fórmula explosiva de cubrir todos los desequilibrios con aportes del Estado, fue consumiendo la mayor recaudación y los distintos fondos a que metió mano el gobierno (la caja de los jubilados, los recursos de las provincias, dinero del Banco Central, etc, etc). Pero la inflación tan beneficiosa para las corporaciones líderes y para las arcas públicas, erosionó las ventajas del dólar alto, y poco a poco cada vez más sectores comienzan a tener dificultades competitivas, excepto la producción primaria (aunque aún allí, los pequeños productores van a ser alcanzados por la tenaza de los costos crecientes y la pérdida del valor del dólar frente a nuestro peso).

Llega entonces el año 2012 con un cóctel explosivo de subsidios gigantescos (e insostenibles), pérdida del superávit fiscal, inflación creciente, dólar devaluado (que significa menos protección y menor competitividad de la producción nacional), deuda pública que crece a ritmo peligroso, y sólo con el motor encendido de los precios de la soja y otros bienes primarios que ayudan a posponer el inicio de una crisis de magnitud.

Los interrogantes para el futuro tienen que ver no sólo con la marcha de la economía mundial (que lejos está de haber superado la crisis estructural que viene atravesando) y que de agravarse podría provocar una catástrofe interna, sino con las políticas que aplicará el gobierno nacional para hacer frente al fin del ciclo.

Las medidas que se vienen tomando son por ahora sólo manotazos que no tocan las bases estructurales, sino meros parches desesperados que apenas si alcanzan para posponer medidas de mayor magnitud. Si el dólar sigue barato, la mayor presión (después de unos meses de alivio por el ingreso generado por las exportaciones primarias) se hará sentir con mucha fuerza, en el momento en que son cada vez mayores las remesas de utilidades de las empresas extranjeras, los pagos a realizar a los acreedores de la deuda pública, y la persistente fuga de capitales.

Pero un dólar que sea cada vez más caro supone nuevas amenazas difíciles de afrontar: será mayor el desembolso para cumplir con los pagos de la deuda, se avivará el proceso inflacionario, serán cada vez más generalizados los reclamos salariales, etc. Y un Estado con crecientes necesidades presupuestarias profundizará el camino ya iniciado de intentar sacar recursos de cualquier otra fuente (afectando a los jubilados, a los empleados públicos, a los usuarios, a las provincias y la situación ya deteriorada de los servicios públicos esenciales -salud, educación, etc-).

También podría darse el escenario del inicio de un proceso recesivo, donde en paralelo se aminore la inflación. Pero sería igualmente catastrófico para las finanzas públicas, porque sin aumento de las ventas y de los precios, caería drásticamente la recaudación y provocaría un colapso con un final abierto, ya que el gobierno no tendrá muchas chances y deberá decidir si continúa priorizando el pago a los acreedores y los subsidios a los grandes grupos empresarios (a costa de fuertes recortes que afectarán a los que menos tienen), o priorizar el interés de las mayorías (poniendo límite a las superrentas y superbeneficios del capital más concentrado).

Todo ese zafarrancho que, en última instancia, tampoco alcanzará para sostener un modelo socioeconómico que ni en los mejores momentos alcanzó a solucionar los graves de la Argentina, en especial la situación lamentable de los sectores mayoritarios de su población.